

do á la alimentación y á la industria (1) en *Europa*, y el vasto desarrollo que adquirieron el algodón, la caña dulce y el café, los cuales se han convertido en productos americanos, y, propiamente, en universales. Por tales causas el descubrimiento de América debe tenerse por uno de los acontecimientos más notables en la historia del mundo, y como uno de los que han ejercido mayor influencia en la civilización.

CAPITULO II.

El Renacimiento.

I.—Eruditos y Humanistas.

ANTES de relatar los sucesos políticos pertenecientes á la segunda mitad del siglo XV y á todo el XVI, conviene tratar de aquel maravilloso movimiento literario y artístico, que comenzado en *Italia* se extendió como un reguero de luz por las principales naciones de *Europa*, porque es en realidad uno de los caracteres, y el más saliente tal vez, de la «Edad Moderna.» El impulso comunicado entonces al espíritu humano, aun no se extingue: ha cambiado de rumbo, pero no de objeto; se le llama con razón «Renacimiento.» pues que desde esa época *renació* el espíritu á una nueva vida: la del progreso moderno.

Los emigrados de *Constantinopla*, cuando esta ciudad y su Imperio cayeron en poder de los turcos, [1,453], se refugiaron en *Italia*, llevando los manuscritos de los antiguos autores, poetas y sabios de Grecia. La ocasión no podía ser más oportuna; los príncipes italianos, entre los cuales se distinguía *Lorenzo de Médicis*, amaban las letras y las artes, y ponían su orgullo en ro-

(1) Son buenas muestras de ello la papa, el pan del pobre en *Europa*, y la cochinilla del nopal, que sustituyó con ventaja á la púrpura de Tiro.

dearse de poetas, literatos y artistas, á quienes colmaban de consideraciones. Bien pronto se generalizó el gusto por lo bello: «los mercaderes florentinos cerraban sus tiendas, cuando el poeta *Acolti* daba una conferencia;» y como la imprenta había sido inventada, miles de manuscritos griegos y latinos fueron impresos, y pudieron circular á bajo precio entre seglares, dejando de ser la literatura el monopolio de las «Universidades.» Todos estaban dominados por el afán de aprender *latín* y *griego*, y de beber en las puras fuentes del saber y la cultura antiguos. Así nacieron los *humanistas*, que cultivaban estos estudios llamados *humanidades*, por oposición á los *escolásticos* ú «hombres de escuela.» Hubo eclesiásticos y seglares, dominando estos últimos, y los mismos gentiles hombres y los príncipes no se desdeñaban en cultivar el *latín* y el *griego* y adquirir fama de *eruditos*. El más notable de ese tiempo fué *Pico* de la *Mirándola*, á quien siguen en celebridad el holandés *Erasmus*, *Poggio* y *Bembo* (en *Italia*) y los poetas *Sannazaro* y *Vida*. Todos producían ya cartas y discursos, imitando á *Cicerón*, ya poemas, imitando á *Virgilio* y á *Teócrito*.

El impulso estaba dado: el siglo XVI iba á nacer original y brillante con poetas como *Tasso* y *Ariosto*, en *Italia*, *Marot*, y *Ronsard*, en *Francia*, *Fray Luis de León* y *Garcilaso* en *España*: un gran número de publicistas, filósofos, moralistas, literatos y sabios, entre los cuales descuellan *Maquiavelo* y *Guichardini*, *Rabelais* y *Montaigne*, *Erasmus*, *Ulrico* y el incomparable *Cervantes*. En el siglo XVII aparece *Shakespeare* en *Inglaterra*, el más profundo y el más original de todos los poetas.

II.—Las Artes.

COMO en las letras, la *Italia* fué al principio de la «Edad Moderna» la cuna de las bellas artes: la protección de los príncipes y la cultura general del espíritu, favorecían juntamente con la admiración por la antigüedad aquel movimiento que renovó en pleno siglo XV los más vivos esplendores del bri-

llante siglo de *Pericles*. En *pintura*, debe decirse sin temor de equivocarse que los superaron, debido al invento de «la pintura al óleo.» Aquellos genios incomparables, *Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci*, y luego, *Ticiano, Veroneso, Tintoreto y Carraccio*, cubrieron de *cuadros* y de *frescos* las Iglesias y los palacios de los grandes «Señores.» Cada uno formó escuela y tuvo discípulos, que procuraron imitar á sus respectivos maestros; pero todos seguían el mismo sistema pictórico: se preocupaban poco del color local, procurando representar exactamente el cuerpo humano, el más proporcionado y perfecto que se pueda concebir; hacían lo que los escultores helénicos: embellecer é idealizar la forma, sin olvidar por eso la realidad: eran pintores idealistas que sabían dar vigorosa expresión á sus obras. (1).

Cuanto á la pintura francesa y española, (de Pussin, Claudio el lorenés, Felipe de Champagne, Velázquez y Murillo etc.) pertenece al siglo XVI y al XVII.

La *escultura* italiana tomó como ejemplo y modelo la estatuaria y bajo-relieves de la antigüedad: *Donatello* y *Miguel Angel* procuraron reproducir el cuerpo humano, principalmente desnudo, estudiando cuidadosamente la disposición de los órganos y su proporción relativa. De aquí nació una escultura idealista, análoga á la pintura, que solo imitaba las formas bellas; pero que contenía cierto fondo de realismo compatible con el ideal. Los sucesores no supieron observar la naturaleza y la vida, perdieron de vista la verdad, limitándose á reproducir determinados modelos, para causar impresión: este fué el único objeto de los escultores en el período siguiente.

En *Arquitectura* se verificó á fines del siglo XV la misma revolución que en las demás bellas artes y en las letras: los arquitectos más célebres de esa época, como *Branelleschi*, volvieron la vista á la antigüedad. En la catedral de Florencia se abandonó por completo el estilo gótico y se volvió á la harmoniosa sencillez de la arquitectura greco-romana: á las cúpulas y columnatas de aquellos hermosos edificios, cuyas ruínas puede

(1) Se dice que habiendo preguntado á Rafael cómo hacía para imprimir la belleza suave y serena que se admiraba en sus madonas, contestó: siguiendo una cierta *idea* que llevo interiormente. El tipo ideal de perfección y de belleza: á él ajustaban los pintores del renacimiento sus obras.

aún admirar el viajero. *Bramante* y *Miguel Angel* (el genio más vigoroso, el artista más universal y fecundo en aquella época tan fecunda en genios universales), realizaron la grande obra de la «arquitectura greco-romana.» la *Iglesia de San Pedro* con pilares robustos, la inmensa cúpula, las paredes unidas: la línea recta armoniosamente unida al arco romano, tal fué el modelo que desde entonces se propusieron seguir en la construcción de los templos cristianos. Un cambio análogo se produjo en los edificios civiles: ya no hubo en ellos torreones puntiagudos, bohardillas elegantes, estatuas, nichos y adornos extravagantes; sino que se intentó reproducir con más ó menos propiedad y gusto las columnas griegas, el arco romano y la sencillez en los detalles de la ornamentación de los edificios antiguos.

III.—Cultura general y Ciencias.

YA para fines del siglo XV, la cultura general de la *Europa* había aumentado mucho, y estaba más difundida que en los siglos anteriores, debido á la imprenta, principalmente. La enseñanza tomó un carácter más amplio y libre, y á pesar de la inquisición y de las persecuciones religiosas, el saber continuó progresando durante todo el siglo XVI. Desde entonces, la ciencia cambió de dirección, ajustándose más á la naturaleza de las cosas y á la verdad: observar y determinar los fenómenos, con expresión de las leyes que los rigen, esa es la ciencia y ese es el saber. En la «Edad Media,» al contrario, la ciencia consistía en saber lo que habían dicho *Galeno* en medicina, *Aristóteles* en filosofía y *Tolomeo* en astronomía; desde el «Renacimiento» los hombres de ciencia procuraron experimentar, pesar, disecar, coleccionar, sin preocuparse de lo que habían dicho los antiguos. De esta nueva concepción de la ciencia nacieron el *microscopio* (1,570) y el *telescopio* (1,609), instrumentos á que se deben en gran parte los progresos en «Ciencias naturales» y en «astronomía.»

Hasta el siglo XVI imperó en esta última ciencia la doctrina de *Tolomeo*, que suponía á la tierra inmóvil en el centro del universo y girando en torno de ella los demás planetas, entre los cuales se contaban el Sol y la Luna; las observaciones de *Copérnico* mostraron que la tierra es un planeta que gira con los demás alrededor del sol. Tal es la conclusión de su libro «Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes» que publicó en 1.540. Es la piedra angular del edificio de la astronomía moderna, que concluyen de tan espléndida manera *Keplero* y *Newton* en los siglos siguientes. Por el mismo tiempo, *Vesalio* en su obra «Construcción del cuerpo humano» [1.543], fundaba la anatomía; su autor, como después *Galileo* y casi todos los sabios, fué condenado á la última pena por la inquisición, pero se la conmutó en una peregrinación al *Santo Sepulcro*, en la cual murió el distinguido anatómico.

La aritmética, la geometría y el álgebra quedaron constituidas, sin recibir nuevos acrecentamientos hasta el siglo XVII. De todos modos, la ciencia, tal como ahora la entendemos, nació del impulso que recibió el espíritu humano durante el *Renacimiento*.

CAPITULO III.

Las Monarquías hasta la Reforma. (1,453.—1,519).

I.—La Monarquía en Francia.

CARLOS VII tuvo la gloria de terminar aquella prolongada lucha entre *Inglaterra* y *Francia* que duraba hacía cien años, expulsando definitivamente á los insulares del territorio francés, de que se habían apoderado, en parte por herencia, en parte por la fuerza, ayudados en su empresa por la división feudal y las rivalidades en-

tre la «casa real de Francia» y el «ducado de Borgoña.»

La funesta costumbre de dividir el dominio real entre sus hijos y que tuvieron los reyes de *Francia* hasta el siglo XIV, hizo que el país llegara á tener hasta seis soberanos, sin contar al que llevaba el título de «rey de Francia.» Todos eran de sangre real, y algunos tenían más de la mitad del territorio nacional, como el «duque de Borgoña,» que era al mismo tiempo «Señor del *Franco Condado*» y de los *Países Bajos*, y por consiguiente, más poderoso que el «rey de Francia.» [1]. La unión de este vasallo con el «rey de *Inglaterra*» había determinado la continua derrota del de *Francia* durante la «guerra de Cien años.» Tan pronto como el «duque de *Borgoña*» ó el «rey de *Navarra*» se negaban á prestar su ayuda al inglés, éste se veía obligado á salir del Continente.

Luis XI pasó los 22 años de su reinado (1,461—1,483) en luchar con los seis ó siete reyes sus rivales, que se dividían el dominio del territorio nacional. La mayor parte de los príncipes y nobles se unieron para prevenir las medidas absolutistas del «rey de Francia,» lo derrotan y lo obligan á concederles cuanto piden en el tratado de *Conflans*. Pero la lucha más peligrosa fué la que sostuvo contra su vasallo *Carlos el Temerario*, «duque de Borgoña,» que estuvo á punto de renovar para *Luis* y para *Francia* los desastres de *Cárlos VI*, á causa de su unión con el rey de *Inglaterra*. Sin embargo, la habilidad de *Luis*, la ineptitud de *Eduardo VI* y la temeridad de *Cárlos*, que aspiraba á la corona de *Alemania*, hicieron que fracasaran del todo estas ligas: el duque fué vencido por los suizos en *Granson* y en *Morat*, y poco después perece en el sitio de *Nancy* (1,477).

Libre el rey de su adversario más poderoso, comenzó á ejercer sus venganzas contra los «Señores,» en provecho de los dominios de la corona: aprisionó al «duque de *Alenzón*,» y mandó decapitar al «conde de *Armagnac*,» al «condestable de *Saint-Pol*» y al «duque de *Nemours*.» En lo único que no pudo salir adelante fué en la sucesión del «duque de *Borgoña*,» de la que no consiguió más que el *Artois* y la *Borgoña*, quedando los *Países Bajos* en poder de *Maximiliano* de *Austria*, casa-

(1) Las otras casas eran: la de Orleans, Alenzón, Borbón, Anjou y Bretaña.